

»sideración de V. Ese caballero será sin duda alguna
 »muy noble, estará muy rico, cuanto V. quiera; pero
 »por más que fuese rey no me casara, porque la mayor
 »corona de la tierra es barro; y aunque es cosa grande
 »el reinar, preferible es servir ahora para reinar des-
 »pués eternamente. Yo me he de entregar toda á Dios
 »á quien adora mi alma; y primero ha de faltar mi vida
 »que faltar yo á la fe y á la palabra que llevo empeñada,
 »de ser toda suya.»

10 (Pág. 36) Hemos tenido que corregir aquí el texto, porque no á las Descalzas carmelitas, como en él se dice, sino á las Descalzas Franciscanas fué adonde intentó D. Gonzalo que entrara nuestra Rosa. Las primeras llegaron á Lima nueve años después de la muerte de Rosa, mientras que las segundas, fundadas en España y aprobadas por Julio II, llevaban algunos años de existencia en dicha ciudad, en la que se habían hecho célebres por su amor á la observancia.

11 (Pág. 62.) Tanto para dar noticia detallada del hecho á que se refiere el P. Hansen, como por lo deudora que es Lima y aún todo el reino del Perú al celo de San Francisco Solano, llamado con toda propiedad el Apóstol de la América Meridional, copiaremos del *Año Cristiano* algunos datos, relativos á la vida prodigiosa de este esclarecido hijo de N. P. San Francisco de Asís:

«Nació este siervo de Dios en Montilla, ciudad de Andalucía, del marquesado de Priego, en el obispado de Córdoba, á 10 de Marzo del año de 1549, dieciseis de Paulo III y treinta y tres del imperio de Carlos V. Fueron sus padres Mateo Sánchez Solano y Ana Jiménez, distinguidos en el país por su piedad. Destinado de Dios para ilustrar con el esplendor de sus virtudes y con la luz de la predicación evangélica una gran parte de la América Meridional, y para ser otro de los muchísimos héroes que ilustran la sagrada Orden de San Francisco de Asís, desde su más tierna edad fué tan modesto que su presencia bastaba para estorbar á los otros jóvenes cualquier acción menos decente. Esmeráronse ciertamente sus padres en darle una educación cristiana; pero como se hallaba asistido con los más especiales auxilios de la divina gracia, que en él parecía obrar más que la naturaleza, costóles poco trabajo conseguir el fruto de sus deseos; su natural dulce, afa-

ble y benéfico, su corazón noble, dócil y generoso, la sublime idea que concibió de Dios, el sumo horror al pecado, con inclinación natural á la virtud, con un afecto muy particular al retiro, la distracción total de las diversiones propias de la niñez, el gusto y complacencia que manifestó desde luego á los ejercicios de piedad, y sobre todo la cordialísima devoción que profesaba á la Santísima Virgen, con cuyo escudo y merced á la modestia, mortificación y fuga de las ocasiones, conservó siempre inviolable la pureza, hicieron conocer á sus padres que en él disponía la divina Providencia uno de aquellos héroes con que en algunos siglos favorece el Señor á su Iglesia.

Aunque nuestro santo tenía grandes talentos y nobles disposiciones para seguir la carrera de las letras, con todo era mayor su inclinación al retiro; pues el deseo de atender únicamente, libre de los impedimentos del mundo, al importante negocio de su salvación eterna, tuvo para él más atractivo que todo. Animado de estos deseos, le inspiró Dios anhelase á la cumbre de la perfección en la soledad del claustro, y siguiendo vocación tan acertada, vistió el hábito de la Regular Observancia Franciscana en el convento de Recolección de Montilla, su patria, en el año 1569, cuando contaba 20 de edad.

Hizo su solemne profesión con las supuestas preparaciones; y formando empeño en imitar la vida del seráfico Patriarca, salió una copia viva en todo parecida al original.

Recibió el Orden sacerdotal en virtud de un precepto expreso de su superior, bajo el supuesto de su resistencia humilde á tan alta dignidad, confesándose indigno para ella; y celebró el primer sacrificio en el día del seráfico Patriarca con tanta ternura, con tanta devoción y con tantas lágrimas, que dió á conocer á los asistentes el respeto y amor en que se hallaba abrasado su corazón para con aquél Señor que ofrecía al eterno Padre.

Mandó el rey Felipe II á los preladados de la religión de San Francisco que enviasen operarios á las Indias, á fin de ilustrarlas con la luz del Evangelio; y conociendo nuestro santo ser ésta la ocasión favorable para cumplir sus deseos, partió con los misioneros apostólicos á las regiones de América, habiéndose despedido de su buena madre, y de sus hermanos y deudos, y de todos los lugares donde había predicado; exhortándolos de

nuevo al temor de Dios con ardiente espíritu. Embarcóse el año 1589 en la armada en que iba por virrey del Perú el marqués de Cañete Don García Hurtado de Mendoza.

Comenzó su misión, y para hacer que el cielo derramase sus bendiciones sobre una tan difícil empresa, pasaba en oración la mayor parte de la noche, dejándose ver no pocas veces postrado con la boca en tierra, en forma de cruz, pidiendo al Señor auxilio para hacer guerra á los vicios radicados entre los bárbaros.

Hiciéronle Vicario y Prefecto del convento de Santa María de los Angeles de Lima, y no cesaron sus ruegos hasta que le exoneró la religión de un empleo tan repugnante á su espíritu, deseoso de santificarse en las humillaciones y de vivir en la clase de súbdito, ocupado en las funciones de su apostólico ministerio. Aplicóse á desempeñarle en la misma ciudad y en los contornos con su acostumbrado celo, ya predicando, ya confesando y ya ejerciendo obras de caridad. Frecuentemente se presentaba en las calles y plazas de Lima con un crucifijo en la mano á declamar contra los vicios; no pocas veces, animado del divino espíritu, entraba en los teatros públicos, y manifestando la misma insignia, movía á todos á un verdadero arrepentimiento. También se empleaba en coloquios privados con las religiosas, en los que encendía el fervor de las esposas de Jesucristo, á que aspirasen á la perfección de su estado. Aunque en estas ocasiones lograba Francisco portentosas conversiones, las que perfeccionaba la divina gracia, que siempre acompañaba á su nerviosa elocuencia, con todo penetrado su corazón del más vivo dolor al ver los pecados escandalosos del pueblo, que provocaba á la justicia divina á los mismos castigos, con que en otro tiempo amenazó á Nínive, impelido de un superior impulso, salió en una ocasión del convento, y presentándose en la plaza mayor con un semblante grave y modesto, predicó con tanto espíritu y tan ardoroso fuego contra los vicios predominantes en la ciudad, alegando en confirmación de su doctrina con propiedad y discreción varias sentencias de la santa Escritura alusivas á la destrucción de los pueblos por sus vicios; que entendidas éstas equivocadamente como profecía de la destrucción de Lima, dado el concepto que se tenía formado de la santidad de Francisco, fué tal la conmoción y terror que causó el sermón en los ciudadanos, que imitando el ejemplo de los ni-

nivitas á la voz de Jonás, convertidos á Dios, hicieron tan asombrosas penitencias para templar su enojo, que la multitud de sacerdotes y religiosos de aquel numeroso pueblo apenas bastaba para oír las confesiones de los pecadores arrepentidos. Fueron tales las penitencias públicas que se hicieron aquella noche y los días siguientes, tal y tan universal la enmienda de las costumbres que obró Dios por este medio en aquella ciudad, que el Obispo de Orense Fr. Juan Venido, que entonces se hallaba en ella, asegura no haber memoria de otra conversión semejante á esta desde la de Nínive. Era entonces Arzobispo de Lima Santo Toribio de Mogrovejo.

En fin, quiso Dios premiar los trabajos de Francisco, y aunque toda su vida fué una cruz y un martirio continuo; con todo para que adquiriese más merecimientos, permitió que dos meses antes de su feliz tránsito sintiese unos dolores muy agudos, acompañados de muy ardiente calentura; bien que en toda la serie de su enfermedad dispuso la divina Providencia con maravilloso prodigio, que se mantuviesen en la ventana de su celda unasavecillas, inseparables de ella por más ruido que hiciesen, las cuales con sus sonoros cánticos recreaban el ánimo de su fiel siervo, que tenía á la vista un crucifijo, á quien daba repetidas gracias porque le afligía en tiempo que no podía con sus propias manos castigarse según su costumbre. Por la vehemencia de los dolores no desistió del ejercicio de la oración que fué siempre el objeto principal de sus esmeros, la cual pudo llamarse habitual, por no ser interrumpida en algún momento; dejándose ver en los últimos días de su vida tan anegado en dulces contemplaciones, que olvidado enteramente de las necesidades del cuerpo, parecía que ya conversaba entre los ángeles; sin permitir en ellos que á su presencia se suscitase otra conversación que de Dios ó se leyese alguna lectura espiritual. Creciendo la enfermedad, dispusieron los médicos que se le administrase el Viático diez días antes de morir, y respondió que era intempestivo y pronto, aunque muy bueno el que recibiese á semejante huésped. Dijo á los religiosos, temerosos de que falleciese de momento en momento por la debilidad de sus fuerzas, que fuesen á descansar, pues no moriría hasta el día de San Buenaventura, á quien profesó siempre una devoción particularísima; y con efecto en el mismo día, al tiempo de hacer señal la campana para la elevación de la hostia y

cáliz, mirando al crucifijo, puestas las manos en cruz, entre amorosos coloquios, trasportado en un gozo celestial, dió apaciblemente su espíritu al Criador en el día 24 de Julio del año 1610, á los sesenta y uno de su edad, en el pontificado de Paulo V, reinando en España Felipe III.

12 (Pág. 64) Varias eran las cruces de que usaba nuestra Santa para su mortificación y penitencia, como indica el citado capellán del Santuario en su *Sumario*. He aquí lo que dice en sustancia acerca del particular: «Dos de sus Via-sacras ó Via-Crucis que existen dentro del cuartito ó celdita que está en el Santuario, de que se tratará más adelante, la devoción indiscreta las ha menoscabado tanto que ya no tienen cabeza. Otra de madera de alerce de cuatro dedos y medio de largo, tres de ancho, uno de sólido en su frente y medio por el costado, con sesenta y siete agudas púas de hierro en su frente bien fijas, de las que ya faltan tres: es la que traía colgada al pecho por cilicio, y de la que no hacen mención los escritores de su vida; y no obstante es la principal, pues sólo su vista horroriza y confunde nuestra flaqueza. Estaba colocada en un nicho junto á la entrada de la Sacristía del Santuario, y ahora se ha puesto más abajo dentro de un relicario de plata dorada en el nuevo altar del Corazón de Jesús, en el hueco triangular que forma el óvalo al lado de la Epístola. Otra también de madera un poco más delgada que la que llevamos descrita anteriormente. No tenía puntas de hierro. Sería la que tal vez usaba, por orden de su Director, cuando estaba enferma. Se hallaba colocada en el Santuario de abajo en el altar del Señor Crucificado, y ahora se halla colocada en un relicario de plata dorada al otro lado de la antecedente. Otra, por fin, usaba para ahuyentar el sueño, Esta cruz está en el monasterio de Santa Clara.»

13 (Pág. 66) Se han perdido todos los eslabones, menos uno, de la cadena á que se refiere el autor en este lugar. El eslabón que se conserva está en el convento de Santa Rosa.

14 (Pág. 76) Esta corona existe hoy en su Santuario, pero diminuta con sólo una cuarta y tres dedos

escasos en el ámbito en que estuvieron 53 puntas; al presente faltan 21, según los agujeros que acusan estos robos, nacidos de una imprudente devoción. Estaba colocada y sin vista en un nicho junto á la entrada de la Sacristía, y se ha pasado más abajo al nuevo altar del Corazón de Jesús, donde, para que se admire como permanece esmaltada con los vestigios de la sangre de Rosa, se ha colocado en la coronación del cuadro de la Santísima Virgen de Belén. La otra mitad de esta corona está en el monasterio de Santa Catalina.

15 (Pág. 91) Este clavo de que hablamos en el texto existía dentro de una urna de cristal, en un ocha-vo del arco toral del Santuario al lado de la Sacristía; ahora está colocado en la pilastra del lado del Evangelio del nuevo altar del Corazón de Jesús, que se ha puesto más abajo, frente del Niño conocido con el nombre de *El Mediquito*.

16 (Pág. 97) Las razones que alegó á su madre nuestra Santa para que le permitiese fabricar una celda, conviene á saber: estar más retirada y poder vacar más á Dios, son muy ciertas, y las únicas que podía aducir para que le diera licencia. Pero su Director (que era entonces el R. P. Juan de Lorenzana) y ella sabían la fuerte inspiración que para ello tuvo, y que se encerró en aquella celdita con propósito de llevar vida nueva y tan rigurosa como si antes nada hubiese hecho. He aquí las palabras con que lo depone su Director, tal como se hallan en el *Sumario*, pág. 17: «Cuando Sor Rosa comenzó á habitar en aquella celdita, fueron tan nuevos y extraordinarios los favores y gracias que le hizo el Señor, que parecía que entonces comenzaba á servirle; y le contó la bendita Rosa en aquella ocasión que el Señor le dijo: «¡Ah! Rosa, si hubieses conocido las gracias que te he hecho y el amor que te tengo, de otro modo me lo habrías agradecido.» Con cuyas palabras quedó tan penetrada de ternura y con tantos deseos de hacer vida nueva en el servicio de Dios...» ó como depone el P. Mtro. Pedro de Loaisa, (*Proceso*, folio 362 y *Summar.* pág. 28): «Estas palabras causaron á nuestra Santa tal contrición y arrepentimiento que sus ojos eran dos fuentes de lágrimas, y no podía pensar en otra cosa; de modo que vino á perder el sueño y fué

preciso que su Director calmase aquellos fervores, para que totalmente no perdiese la salud. Para este fin le dió algunos consejos, los cuales la humilde hija cumplió al pie de la letra.»

De otras dos repreciones ó advertencias hacen mención los biógrafos. El Illmo. P. González de Acuña lo explica así en el cap. XVII de su Vida de la Santa: «La primera fué de su Maestra Santa Catalina de Sena. Imitábala en cuanto alcanzaba nuestra Santa, y parecíale que con sus acciones llenas de imperfección no podía igualarla, dándole esto alguna inquietud; y ministrándole el corazón razones á su deseo pidió á Dios la hiciera como á Santa Catalina en el amor, y que le diese fuerzas para la semejanza. Aparecióle la Santa y con rostro severo la reprendió, diciendo: «Yo soy una criatura que no he servido á Dios como merece ser servido; pedidle os haga como quiere que seais.»—La segunda fué de su Padre Santo Domingo con ocasión de tentarla el demonio con un hedor intolerable cuando hacia oración. Estaba un día la Santa en este sano ejercicio, y para no divertirse y recoger sus potencias echó mano de unos algodones empapados con agua de olor; usando de este medio delante de un lienzo en que estaba pintada Nuestra Señora y á sus pies su fiel Capellán Santo Domingo. Al hacer ademán de coger los algodones le habló la imagen de su Padre, y le dijo en tono severo: «Muy delicada sois,» Digna advertencia de que en las materias del alma y salud eterna se hila delgado.»

17 (Pág. 99) Realmente era muy estrecha la celdilla de que se habla en este capítulo y en el anterior. He aquí la nota que ha dejado escrita el P. Capellán del Santuario en su *Compendio* otras veces citado, sobre este particular: «No contenta Rosa con un retrete que hizo en la recámara de su madre, superando muchas contradicciones de ésta y con el favor de su divino Esposo y de su Santísima Madre del Rosario, único consuelo en todas sus necesidades, fabricó otro ayudada de un hermano en el platanal de su huerto; con el ámbito de solo cinco pies de largo, cuatro de ancho y seis de alto, en cuya estrechez cabía muy bien con su dulce Esposo; como se lo contestó con donaire á su confesor, que el día de la estrena le dijo por ironía que estaba la celda muy grande. Existe el cuartito ó celdilla al lado del Evangelio, un poco detrás del altar de este su San-

tuario; y lo que más admira es que en un lugar donde la polilla no perdona aun los cedros, se mantenga incorrupto su techo compuesto de carrizos y pedacitos de tablas de sauce tan propenso á la carcoma. En este aposentito se hallan depositadas las cruces de su *Via Sacra*, como asimismo la sillita en que se sentaba para su labor, aunque ya desnuda de todos sus forros, por los hurtos devotos que ha sufrido. También está allí inclusa la puertecita de madera del mismo cuartito, que cuando la aforraron con rejas de plata, la arrancaron por desahogar un poco más la entrada que cubre otra puertecita del mismo aforro; y aunque la llavecita de dicho cuartito que manejaba la Santa estaba colocada en un altar en el Santuario de abajo, ya no existe; porque algún devoto ladrón se la llevó, y para que no se advirtiese el robo, substituyó otra que he cotejado, y desdice totalmente de su chapa, en tamaño, grueso y guardas, por lo que se ha desechado.»

18 (Pág. 116) El P. Hansen no da los suficientes detalles para conocer en qué estuvo el prodigio de que habla al fin de la página á que nos referimos. Para suplir este defecto copiaremos lo que á este propósito dice uno de los últimos biógrafos de la Santa, el Padre Calella:

«Llegó por fin, dice este fervoroso capuchino, el domingo de Resurrección, y luego que amaneció fué Rosa con su madre á la capilla de Nuestra Señora del Rosario á darle las buenas Pascuas y los plácemes del inefable gozo que tuvo en la Resurrección de su santísimo Hijo. Postróse de rodillas delante de la santa imagen; y con gran fe y devoción, como si estuviera presente la misma que está gozando de gloria inefable en el cielo, le daba gracias por los favores tan singulares que con su valiosa intercesión le había impetrado de su divino Hijo. Luego le pidió con humildad la gracia de que su divino Esposo resucitase espiritualmente en su alma. Y volviendo de nuevo á ratificar la protesta de ser siempre su humilde esclava como se lo había prometido ocho días antes en el desposorio, quiso su divino Aman-te confirmar con otro prodigio cuán gustoso le había sido el ofrecimiento y encierro del anillo en aquel triduo de la Semana Santa; pues habiéndolo sacado de la urna el sacristán lo entregó á su confesor, quien después de haber celebrado la misa, lo puso en el dedo del corazón de nuestra santa. Esta imposición fué tan ocul-

ta y tan secreta que pasó inadvertida á la madre que estaba de rodillas á su lado, aunque tan diligente en escudriñar las acciones de su hija. Con este nuevo fervor tan conforme con su profunda humildad no cabía en sí de gozo nuestra santa. Con los seráficos incendios que el Señor sacramentado comunicó al anillo el tiempo que lo tuvo juntó á sí en el monumento, eran tan notables los que sentía Rosa en su corazón que casi todo el día santo de Pascua la trajo transportada en Dios y casi fuera de este mundo, gozándole en su gloria con raptó admirable.»

«No he merecido tener en mis manos el anillo, dice otro biógrafo ilustre de nuestra virgen, el P. Antonio Lorea. Mostróme una estampa suya el Sr. D. José de Avellaneda, que la trae consigo, hecha según el modelo del de la santa, el cual estuvo en sus manos. El anillo es de oro, y en medio de él empieza diciendo: *Rosa de mi corazón, sé tú mi Esposa*. Donde había de decir corazón, no lo dice; en lugar de la palabra está un corazón, y en él está grabada una cifra así: IHS, y con esmalte dorado. Y leído por cualquier parte hace un *laberinto*, amoroso. Por una parte suena: *Mi corazón, sé tú mi Esposa, Rosa*. Leído desde el corazón, dice: *Sé tú mi Esposa, Rosa de mi corazón*. Y ótros mil modos tiene para leerse, y en cualquiera hace misteriosa armonía, y en ninguno impropiedad; es tan fácil de ver, como de hacerle y grabarle, que se conocerán con facilidad los misterios.»

«Este anillo, según el Capellán del Santuario, estaba sin mayor vista en un nicho junto á la sacristía del Santuario, ensartado en una canilla peroné de la propia santa; y se ha colocado con el anillo al pie de la canilla en el altar del Corazón de Jesús al lado de la Epístola, dentro de la vidriera, que en ochavo hace costado al soberano cuadro de la Santísima Virgen de Belén. Al otro lado, para que haga simetría, está colocada la otra canilla peroné de la misma santa, con una rosquita de su pelo al pie. Así el anillo como el resalto que le sirve de piedra es de oro, en cuya circunferencia se lee grabado: *Rosa de mi corazón, sé mi Esposa*.»

19 (Pág. 121) Porque sospechamos será muy grato á los devotos de Rosa conocer la clase de oración á que se refiere el texto, ponemos á continuación las ciento cincuenta jaculatories de que se servía esta vir-

gen para ensalzar los atributos divinos. Son como sigue:

1.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios espíritu, Dios simple, Dios inmortal, Dios perfecto, Dios infinito, Dios independiente, Dios de entendimiento infinito, Dios indeficiente, Dios altísimo, Dios amabilísimo.

Gloria Patri, etc.

2.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios inmenso, Dios inmutable, Dios eterno, Dios invisible, Dios incomprendible, Dios inefable, Dios sabio, Dios glorioso, Dios Santo.

Gloria Patri, etc.

3.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios uno, Dios verdadero, Dios de la verdad, Dios fiel, Dios bueno, Dios hermoso, Dios gran Señor, Dios vivo, Dios que ilumina.

Gloria Patri etc.

4.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios que revela las cosas profundas, Dios celoso, Dios de la justicia, Dios que habla lo justo, Dios recto, Dios vengador, Dios terrible, Dios fuerte, Dios magnífico, Dios de los ejércitos.

Gloria Patri, etc.

5.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios pacífico, Dios de longanimidad, Dios piadoso, Dios afable, Dios liberal, Dios paciente, Dios benigno, Dios manso.

Gloria Patri, etc.

6.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios inenarrable, Dios dulce, Dios incomparable, Dios puro, Dios grande, Dios excelso, Dios sublime, Dios rico, Dios Salvador, Dios sin igual.

Gloria Patri, etc.

7.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios criador de todas las cosas,

Dios conservador, Dios provisor, Dios gobernador, Dios guarda y defensor, Dios legislador, Dios glorificador, Dios rey de los siglos, Dios que habita en luz inaccesible.

Gloria Patri, etc.

8.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios de eterna majestad, Dios bienaventurado, Dios bienaventuranza de todos, Dios padre de los huérfanos, Dios que oye las súplicas, Dios confortador de los pusilánimes, Dios protector nuestro, Dios en quien vivimos, Dios que habita en los cielos, Dios que mira á los humildes.

Gloria Patri, etc.

9.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios Padre, Dios Ingénito, Dios principio de la deidad, Dios de quien todo tiene ser, Dios vida de quien te conoce, Dios muy laudable, Dios muy misericordioso, Dios castigador de las iniquidades de los padres en los hijos, Dios conocedor de los secretos del corazón, Dios que estás sentado sobre los querubines.

Gloria Patri, etc.

10.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios hijo, Dios unigénito del Padre, Dios sabiduría del Padre, Dios Verbo divino, Dios imagen del Padre, Dios esplendor de su gloria, Dios candor de la luz eterna, Dios por quien todo tiene ser, Dios rey de reyes, Dios principio y fin de todo.

Gloria Patri, etc.

11.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios y hombre verdadero, Dios Jesús, Dios hijo de la Virgen, Dios cordero inmaculado, Dios Pastor bueno, Dios vid verdadera, Dios semilla del Señor, Dios puerta del cielo, Dios vida del cielo, Dios vida nuestra,

Gloria Patri, etc.

12.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios expectación de los siglos, Dios principio de la paz, Dios piedra angular, Dios juez

de vivos y muertos, Dios Adonay, Dios raíz de Jesé, Dios llave de David, Dios oriente del mundo, Dios artífice de todos.

Gloria Patri, etc.

13.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios redentor nuestro, Dios admirable, Dios consejero, Dios Padre del siglo futuro, Dios dominador en Israel, Dios que estás á la diestra del Padre, Dios pan vivo, Dios pan de los ángeles, Dios pan verdadero del cielo, Dios viático de peregrinos.

Gloria Patri, etc.

14.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios Espíritu Santo, Dios que procede del Padre y del Hijo, Dios dón de Dios Altísimo, Dios en quien todos se santifican, Dios fuego y caridad, Dios unción espiritual, Dios dulce huésped del alma, Dios dulce refrigerio, Dios consuelo en el llanto, Dios templanza en lo ardiente.

Gloria Patri, etc.

15.^a DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios Espíritu paráclito, Dios Espíritu de verdad, Dios ilustrador de las almas, Dios amador de los santos pensamientos, Dios inspirador de los perfectos, Dios doctor de los Apóstoles, Dios confortador de los mártires, Dios purificador de las vírgenes, Dios trompeta de los predicadores, Dios maestro de todos los santos.

Gloria Patri, etc.

Sednos propicio y perdonadnos, Señor.
Sednos propicio y escuchadnos, Señor.
De todo mal, libradnos, Señor.
De todo pecado, libradnos, Señor.
De las ilusiones y tentaciones del demonio, libradnos, Señor.

Por la inmensa bondad por la que quisisteis que os conociésemos: te rogamos que nos oigas.

Por la infinita caridad con que nos disteis á tu unigénito Hijo: te rogamos que nos oigas.

Por la intercesión de la Inmaculada Virgen María y de tus santos: te rogamos que nos oigas.

Los pecadores: te rogamos...